

EL SABUESO
DE LOS
BASKERVILLE





**ARTHUR CONAN
DOYLE EL
SABUESO
DE LOS
BASKERVILLE**

El sabueso de los Baskerville
Título original: *The Hound of the Baskervilles*
Autor: Arthur Conan Doyle
Traductora: María Ofelia Pérez Lis

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4943-8200
editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar
Dirección editorial: Marcela Luza
Gerencia editorial: Marina von der Pahlen
Producción: Pablo Gauna
Coordinación de diseño: Marianela Acuña
Arte de tapa: Claudia Solari
Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: mayo 2026
ISBN 978-950-02-1765-1

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en mayo de 2026.
Tirada: 2000 ejemplares

Libro de edición argentina.
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Conan Doyle, Arthur
El sabueso de los Baskerville / Arthur Conan Doyle. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.
304 p. ; 19 x 12 cm.

Traducción de: María Ofelia Pérez Lis
ISBN 978-950-02-1765-1

1. Novelas Policíacas. 2. Novelas de Misterio. 3. Narrativa
Inglés. I. Pérez Lis, María Ofelia, trad. II. Título.
CDD 823

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro. El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

1

El señor Sherlock Holmes

El señor Sherlock Holmes que, habitualmente, se levantaba muy tarde, salvo en las ocasiones, bastante frecuentes, en que no se acostaba durante toda la noche, se hallaba tomando el desayuno. Yo, que estaba parado al lado de la chimenea, me incliné para tomar el bastón que nuestro visitante de la noche anterior había dejado. Resistente, de madera fina y empuñadura abultada, era de la clase de bastones confeccionados con madera de palmera asiática. Debajo del puño tenía una tira de plata, ancha, de más de dos centímetros, en la que estaba grabado, además del año 1884, “A James Mortimer, M. R. C. S.,¹ de sus amigos de C. C. H.”. Era, precisamente, el tipo de bastón que habitualmente llevaban los médicos antiguos: solemne, macizo y tranquilizador.

1. Miembro del Real Colegio de Cirujanos.

—Vamos a ver, Watson, ¿a qué conclusiones arriba? Holmes se hallaba de espaldas a mí, y yo no le había dicho lo que hacía.

—¿Cómo sabe lo que estoy haciendo? Empezaré a creer que posee ojos en la espalda.

—En verdad, de lo que dispongo es de una resplandeciente cafetera bañada en plata delante de mí —me contestó—. Bueno, Watson, cuénteme qué piensa del bastón de nuestro visitante. Ya que tuvimos la mala suerte de no coincidir con él y desconocemos lo que quería, este recordatorio accidental obtiene importancia. Hágame una descripción de su propietario, acorde con los datos que le haya dado el análisis del bastón.

—Creo —comencé, tratando de seguir hasta donde era capaz los métodos de mi amigo— que el doctor Mortimer es un médico de cierta edad, con prestigio dentro de su profesión y con alto grado de reconocimiento, como indica el hecho de que le obsequiaran el bastón.

—¡Muy bien! —exclamó Holmes—. ¡Muy bien!

—Asimismo, considero muy posible que sea médico rural y que realice muchas de sus visitas caminando.

—¿Por qué motivo afirma eso?

—Porque, si bien este es un bastón de muy buena calidad, está tan estropeado que supongo que un médico de ciudad raramente lo lleve. La gruesa punta está muy

desgastada, por lo que es obvio que su dueño anda mucho a pie con él.

—¡Razonado a la perfección! —destacó Holmes.

—Y, aparte, no hay que dejar de lado a los “amigos de C. C. H.”. En mi opinión, se relacionan con algún club de cazadores del área,² a cuyos socios posiblemente haya atendido y que a modo de reconocimiento le hayan dado en agradecimiento este pequeño presente.

—En verdad, hizo una excelente deducción —dijo Holmes, alejando la silla de la mesa del desayuno y prendiendo un cigarrillo—. Me veo obligado a decir que, en general, en los textos en los que tuvo la gentileza de narrar mis modestos logros, habitualmente ha minimizado su capacidad personal. Tal vez, Watson, no sea luminoso, pero sin duda es un buen guía hacia el camino de la luz. Existen personas que a pesar de no ser genios tienen una notable capacidad de estímulo. Debo admitir, mi estimado amigo, que me encuentro en deuda con usted.

Hasta ese momento, Holmes jamás se había manifestado tan halagüeño, y tengo que aceptar que sus dichos me causaron una inmensa satisfacción, puesto que la indiferencia

2. La deducción de Watson se explica porque la inicial H sirve en inglés tanto para la palabra *hunt*, una de cuyas acepciones es “asociación de cazadores”, como para *hospital*.

con que tomaba mi admiración y mi empeño por publicitar sus métodos me había lastimado en muchas oportunidades. Asimismo, me provocaba orgullo suponer que había llegado a manejar su sistema lo bastante como para emplearlo de una manera capaz de lograr su aprobación. A continuación, Holmes agarró el bastón y lo estudió durante unos minutos. Después, como si algo hubiera llamado su atención en particular, apoyó su cigarrillo y fue con el bastón hasta la ventana, para observarlo de nuevo bajo una lente convexa.

—Sugestivo, aunque elemental —señaló, en tanto volvía a su sitio predilecto en el sofá—. En el bastón existen, indudablemente, uno o dos elementos que sirven de base para unas cuantas deducciones.

—¿Se me pasó algo? —inquirí con cierta vanidad—. Espero no haberme olvidado de nada relevante.

—Temo, mi estimado Watson, que casi todas sus reflexiones son erradas. Cuando mencioné que me había servido como estímulo hacía referencia, para ser honesto, a que sus errores me condujeron, en varias oportunidades, a la verdad. Sin embargo, tampoco es cierto que haya errado totalmente en esta ocasión. Sin duda, estamos ante un médico rural que camina mucho.

—Por consiguiente, yo tenía razón.

—Sí, hasta ahí.

—Pero únicamente hasta ahí.

—Únicamente hasta ahí, mi querido Watson, porque eso no es todo, en absoluto. Yo creería más probable, por ejemplo, que un obsequio a un médico provenga de un hospital y no de una asociación de cazadores y que, cuando las iniciales “C. C.” están junto a la palabra “hospital”, se piense de inmediato que se trata de Charing Cross.

—Tal vez esté en lo cierto.

—Las probabilidades van en esa dirección. Y si tomamos esto como hipótesis de trabajo, tenemos un nuevo punto de partida desde donde hacernos una imagen de nuestro desconocido visitante.

—De acuerdo; pensemos que “C. C. H.” quiere decir “Hospital de Charing Cross”, ¿qué otras deducciones se pueden hacer de allí?

—¿No imagina alguna, de inmediato? Tiene conocimiento de mis métodos. ¡Úselos!

—Únicamente imagino la obvia deducción de que nuestro visitante ejerció su profesión en Londres, antes de irse al campo.

—Pienso que podemos ir un poco más allá. Mírelo desde este punto de vista. ¿En qué oportunidad es más factible que se realizara un obsequio de este tenor? ¿Cuándo habrán acordado sus amigos entregarle esa demostración de afecto? Obviamente, cuando el doctor Mortimer dejó su trabajo en el hospital para establecerse y trabajar de

forma independiente. Estamos al tanto de que se le hizo un obsequio. Consideramos que se produjo un cambio y que el doctor Mortimer dejó el hospital de la ciudad por un trabajo como médico rural. ¿Opina que estamos yendo demasiado lejos con nuestras hipótesis, si afirmamos que el obsequio se entregó en oportunidad de ese cambio?

—Es probable, por supuesto.

—Notará, además, que no es posible que fuese parte del personal estable del hospital, dado que en esos puestos únicamente se nombra a profesionales de experiencia con una gran clientela en Londres, y un médico así no se iría luego a un pueblo. ¿Qué era, por consiguiente? Si atendía en el hospital, sin ser personal estable, únicamente podía ser cirujano o médico interno, es decir, algo más que un estudiante del último curso. Y dejó el hospital cinco años atrás; la fecha se encuentra en el bastón. Por consiguiente, su médico de cabecera, formal y entrado en años, se desdibuja, mi estimado Watson. Y, en cambio, surge un joven que todavía no tiene treinta años, simpático, de escasa ambición, distraído y propietario de un perro al que le tiene gran aprecio y que describiré, más o menos, como de mayor tamaño que un terrier pero de menor porte que un mastín.

Comencé a reír con suspicacia, en tanto Sherlock Holmes se reclinaba en el sofá y echaba trémulas volutas de humo.

—Respecto de las últimas cuestiones que afirmó, no tengo forma de comprobarlas —señalé—, pero, por lo menos, será fácil hallar algunos datos respecto de la edad y la experiencia profesional de nuestro visitante.

Del sencillo estante donde tenía los libros de medicina extraje el directorio médico y, buscando por el apellido, hallé varios Mortimer, aunque solo uno concordaba con nuestro visitante, por lo que leí en voz alta la nota biográfica.

Mortimer, James, M. R. C. S., 1882, Grimpen, Dartmoor, Devonshire. De 1882 a 1884 se desempeñó como cirujano interno en el Hospital de Charing Cross. Recibió el premio Jackson de patología comparada, por el trabajo “¿Es la enfermedad una regresión?”. Es miembro correspondiente de la Sociedad Sueca de Patología. Autor de *Algunos fenómenos de atavismo* (Lancet, 1882), “¿Estamos progresando?” (*Journal of Psychology*, marzo de 1883). Se desempeña como médico de los municipios de Grimpen, Thorsley y High Barrow.

—No se hace referencia a ninguna asociación de cazadores —dijo Holmes con una sonrisa socarrona—, pero sí se menciona que nuestro visitante se desempeña

como médico rural, como usted justamente notó. Pienso que mis deducciones se encuentran justificadas. En lo que se relaciona con los adjetivos, dije, si no me falla la memoria, simpático, de escasa ambición y distraído. De acuerdo con mi experiencia, únicamente un hombre simpático recibe obsequios de sus colegas, solo un hombre con escasa ambición deja una carrera en Londres para establecerse en un pueblo y únicamente una persona distraída deja el bastón en vez de su tarjeta de visita luego de aguardar una hora.

—¿Y respecto del perro?

—Acostumbra llevarle el bastón a su dueño. Como es algo pesado, debe tomarlo con fuerza del centro, y las huellas de sus dientes están totalmente visibles. La mandíbula del perro, como evidencia la distancia entre las marcas, es, a mi juicio, muy ancha para un terrier y no lo bastante ancha para un mastín. Tal vez sea..., sí, desde luego que sí: es un spaniel de pelo rizado.

Holmes se había levantado y caminaba por la habitación, en tanto hablaba. Finalmente se paró junto a la ventana. Su voz tenía tal tono de convicción que alcé la mirada asombrado.

—¿Cómo puede hallarse tan seguro de eso?

—Por el simple motivo de que estoy observando al perro, delante de nuestra casa y recién oímos cómo su amo

tocó a la puerta. No se vaya, por favor. Es uno de sus hermanos de profesión y su presencia puede serme de utilidad. Este es el instante dramático del destino, Watson: en las escaleras se escuchan los pasos de alguien que va a entrar en nuestra vida y no tenemos idea de si será para bien o para mal. ¿Qué es lo que el doctor James Mortimer, el científico, quiere de Sherlock Holmes, el detective? ¡Pase!

La apariencia de nuestro cliente me deparó una sorpresa, ya que imaginaba a un médico rural promedio y me hallé con un hombre de gran altura y delgado, de nariz larga y aguileña, tirada hacia adelante en medio de unos ojos de color gris y perspicaces, muy juntos, que brillaban detrás de unos anteojos de armazón dorado. Su vestimenta concordaba con su profesión, pero de forma algo descuidada, puesto que el saco se hallaba sucio y los pantalones, deshilachados. Algo encorvado, aunque aún joven, andaba con la cabeza hacia adelante y mostraba un aspecto general de bonhomía. Cuando entró, sus ojos se toparon con el bastón que Holmes sostenía en la mano, por lo que fue hacia él con una exclamación de júbilo.

—¡Qué alegría! —exclamó—. No tenía idea de si lo había olvidado aquí o en la agencia marítima. Habría sentido mucho extraviar ese bastón.

—Un obsequio, por lo que se ve —afirmó Holmes.

—Exactamente.

—¿Del Hospital de Charing Cross?

—De un par de amigos que tenía allí, por mi casamiento.

—¡Bueno, bueno! ¡Qué decepción! —dijo Holmes, meneando la cabeza.

—¿Cuál es la decepción?

—El hecho de que, con lo que afirmé, ha destruido nuestras humildes conjeturas. ¿Su casamiento, dijo?

—Sí, cuando me casé, dejé el hospital y la expectativa de poner un consultorio. Precisaba un hogar propio.

—Bueno, bueno; no nos encontrábamos tan errados, finalmente —sostuvo Holmes—. Y ahora, doctor James Mortimer...

—No soy doctor; solo un humilde M. R. C. S.

—Y un hombre que ama la precisión, por lo que se observa.

—Un sencillito aficionado a la ciencia, señor Holmes, un coleccionista de caracoles en las playas del gran mar de lo ignoto. Pienso que estoy hablando con el señor Sherlock Holmes y no...

—No está en un error; yo soy Sherlock Holmes y él es mi amigo, el doctor Watson.

—Mucho gusto de conocerlo, doctor Watson. He escuchado su nombre junto con el de su amigo. Tengo mucho interés en usted, señor Holmes. No imaginaba encontrarme

con un cráneo tan dolicocefalo ni con un arco supraorbital tan pronunciado. ¿Le molestaría que pasara mi dedo por su fisura parietal? Un molde de su cráneo, estimado señor, habría de ser un orgullo para cualquier museo de antropología, al menos hasta que pueda disponerse del original. No tengo la intención de parecer molesto, pero admito que siento codicia por su cráneo.

Sherlock Holmes le hizo un ademán a nuestro exótico visitante para que tomara asiento.

—Veo que siente tanto entusiasmo por sus ideas como yo por las mías —afirmó—. Y, a partir de su dedo índice, infero que lía sus propios cigarrillos. No dude de encender uno, si gusta.

El doctor Mortimer extrajo papel y tabaco, y armó un cigarrillo con asombrosa habilidad. Sus largos y trémulos dedos poseían la agilidad y la movilidad de las antenas de un insecto.

Holmes se quedó callado, pero el vigor de su atención me hacía inferir el interés que sentía por nuestro extraño visitante.

—Imagino —dijo finalmente— que el honor de su visita de anoche, y de esta de hoy, no se debe solo a su deseo de estudiar mi cráneo.

—No, desde luego, pero me satisface también el haber tenido la posibilidad de hacerlo. Vine, señor Holmes,

porque admito que no poseo sentido práctico alguno y porque, de repente, estoy ante un problema tan serio como peculiar. Y al reconocer, como yo lo hago, que usted es el segundo experto europeo más calificado...

—Ah. ¿Puedo saber quién tiene el honor de ser el primero? —interrumpió Holmes, con cierta severidad.

—Para un hombre que ama la exactitud y la ciencia, la labor de monsieur Bertillon³ siempre será de un poderoso atractivo.

—¿No sería preferible consultar con él en ese caso?

—Hice referencia a hombres amantes de la exactitud y de la ciencia. Pero, respecto del sentido práctico, todo el mundo reconoce que usted no posee rival. Espero, estimado señor, no haber...

—Solo un poco —dijo Holmes—. No estará de más, doctor Mortimer, que, sin otra dilación, sea tan amable de relatarme, en pocas palabras, cuál es precisamente el problema para el que requiere mi ayuda.

3. Alphonse Bertillon (1853-1914) fue un oficial de policía francés que revolucionó la identificación criminal a finales del siglo XIX. Creó el sistema antropométrico (bertillonaje) y la fotografía policial estandarizada, basados en la medición del cuerpo, antes de la adopción generalizada de las huellas dactilares.

2

La maldición de los Baskerville

—En mi bolsillo tengo un manuscrito —señaló el doctor James Mortimer.

—Me di cuenta cuando entró en la sala —dijo Holmes.

—Es un manuscrito antiguo.

—De la primera mitad del siglo XVIII, a menos que sea una falsificación.

—¿Cómo sabe?

—Los tres o cuatro centímetros que quedan a la vista me dieron la oportunidad de estudiarlo mientras usted hablaba. Alguien que no sea capaz de estimar la data de un documento con un rango de error de una década, aproximadamente, no se puede considerar un experto. Quizá sepa de mi humilde monografía sobre la cuestión. Yo lo ubicaría hacia 1730.

—La fecha es 1742, exactamente —el doctor Mortimer extrajo el manuscrito del bolsillo interno de su chaqueta—. Sir Charles Baskerville, cuyo súbito y fatídico deceso, tres meses atrás, provocó tanta conmoción en Devonshire,